

por los Santos Patriarcas, consolidada por escrito en Milán en 1235 por los Beatos Humberto y Juan de Parma, Superiores Generales de las dos Órdenes, y conservada en todo tiempo por sus predecesores."

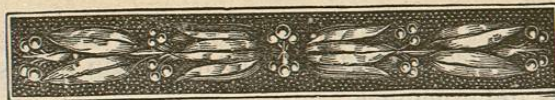
Que aun en el Nuevo Mundo, y á pesar de las acia-  
gas circunstancias que nos rodean, se conserva esa ínti-  
ma unión entre los hijos de Francisco y de Domingo,  
nos lo prueba esa Comunidad Seráfica, que oficia hoy  
ante el altar sagrado del Patriarca de Guzmán. Que flo-  
rezcan ambos institutos, que se infunda nueva sangre  
en vuestras venas, que se consolide la religiosa obser-  
vancia, y que podáis repetir unos y otros con vuestros  
santos Fundadores: *trabajaremos de acuerdo y nadie po-  
drá prevalecer contra nosotros.*



## DISCURSO

PRONUNCIADO EN LA SANTA IGLESIA CATEDRAL DE MONTERREY  
EL 8 DE MAYO DE 1892, CON MOTIVO DE LA IMPOSICIÓN  
DEL PALIO AL PRIMER ARZOBISPO DE LINARES  
DR. D. JACINTO LÓPEZ.





*Vocavit duodecim et ait illis: si quis vult primus esse, erit omnium novissimus, et omnium minister.*

Llamó á los doce y les dijo: si alguno quiere ser el primero, será el postrero de todos, y el siervo de todos.

MARC. IX, 34.

ILUSTRÍSIMOS SEÑORES:<sup>1</sup>

**N**O mucho después de su gloriosa transfiguración, caminaba Jesús hacia Cafarnaum seguido de inmensa muchedumbre, entre la cual descollaban sus discípulos, y en especial los doce favorecidos. Tres de los últimos habían sido testigos de los milagros del Tabor; y aunque los demás lo ignoraban, veían no obstante con cierto respeto, quizás no del todo exento de envidia, á aquellos varones privilegiados aun entre los amigos de Jesús. Uno de ellos era Pedro, á quien el Señor había ya prometido las llaves del reino de los cielos, y que sus compañeros presentían iba á ser declarado su Jefe. El otro era Juan, mirado siempre con predilección por el Divino Maestro, y cuya prerrogativa de singular castidad lo hacía venerable, á pesar de su juventud, aun á sus émulos. El último era aquel Jacobo, tan impetuo-

<sup>1</sup> Los Illmos. Señores Arzobispo de Guadalajara, que oficiaba de pontifical, y Arzobispo de Linares, que asistía en el trono.



so y tan lleno de celo, que no en vano mereció el renombre de *Hijo del Trueno* con que lo habían de distinguir todas las generaciones.

¿Quién de éstos había de ser el primero en la tierra y después en el reino de los cielos? ¿Era superior el casto joven al prudente anciano? ¿Obtendría el fogoso varón el primado, á pesar de las promesas hechas al uno, y la predileccion que el Maestro mostraba por el otro? ¿Ó no obstante los privilegios singulares á los tres concedidos, sería superior alguno de los nueve restantes? ¿El tesorero Iscariote, no parecía por su habilidad en los negocios digno de ser el Príncipe del Apostólico Senado? ¿No sería más á propósito que el pescador Simón, el publicano Mateo, experto en el manejo del dinero, conocedor de los profanos, querido de los que estaban en el poder y lo habían agraciado con el empleo de alcahalero? ¿No gobernaría mejor la Iglesia el ascético Andrés ó algún otro de los primeros discípulos de Juan el Bautista?

Tal era la conversación con que aligeraban las fatigas del camino los discípulos del Salvador, y tanto se enardecieron, que la discusión vino á convertirse en verdadero altercado, *in via inter se disputabant quis eorum major esset*, y cuando al llegar al término de la jornada les preguntó el Señor, qué habían ido tratando en el camino, ellos callaron avergonzados: *illi tacebant*.

No había menester Jesús de la confesión de sus discípulos; y á pesar de su silencio, respondió con dulzura y firmeza á sus ocultos pensamientos, enseñándoles que el verdadero Apóstol no debe buscar el primado sobre sus colegas en la misión sagrada de predicar el Evange-

lio, ni empañar los timbres de su sacerdocio con la ambición ó sed de gloria propias de los mundanos. Para ser el primero, les dice, es menester antes ser el último, y no sólo en apariencia sino en verdad. En el reino de Cristo, para obtener el mando es preciso ser el siervo de todos, y para elevarse hasta los cielos es fuerza primero echar profundos cimientos de no fingida humildad: *si quis vult primus esse, erit omnium novissimus, et omnium minister*.

Al ver, venerable Arzobispo de Linares, los nuevos honores inesperadamente acumulados sobre tu cabeza, han resonado en mis oídos estas palabras de Jesucristo. Mi pensamiento ha volado á la época, todavía no lejana, en que tuve que correr á tu antigua residencia, casi para dar una disculpa porque tu nombre se había hecho llegar hasta el Sumo Pontífice, como digno de ocupar una silla episcopal ¡tanto te asustaba la prelación! He admirado la Providencia, que sin que tú en ello soñaras, te elevó al rango de primero entre tus iguales, haciendo que para tí se creara una nueva provincia. He visto, por último, la recompensa de tu humildad, en estos homenajes, que tan espontáneamente y con tanto gusto han venido á rendirte el anciano Metropolitano de Guadalajara, tu antiguo Jefe y decano del episcopado de México; éste tu predecesor en la Sede de Linares y ahora tu sufragáneo; este pueblo fiel que tan entusiasmado se muestra; esta nuestra Iglesia, que hoy de nuevo reviste los atavíos de esposa para salirte al encuentro con la lámpara encendida y renovar contigo sus místicas bodas.

Al felicitarte por tus nuevos honores, es justo que diga á tu pueblo lo que significan, y que llame su atención á la nueva insignia con que vas á ser condecorado. Á esto se reducirá mi discurso.



## I

Siempre que un Prelado inaugura sus funciones episcopales, ya sea recibiendo la unción sagrada, ya sea ascendiendo á un trono más alto, las conocidas palabras de San Cipriano acerca del episcopado universal vienen espontáneas á la mente del orador cristiano, y por trilladas que sean y conocidas de su auditorio, por mucho que él mismo las haya repetido, siente la imprescindible necesidad de pronunciarlas una vez más, de meditarlas profundamente, de inculcar á sus oyentes su sublime significación.

¿Qué cosa más bella, en efecto, que ese episcopado, que es uno solo y el mismo en toda la Iglesia, y del cual todos los Prelados esparcidos por el orbe, gozan una porción, pero siendo solidarios de ese principado universal, y disfrutándolo todos de mancomún, *episcopatus unus est, cujus a singulis in solidum pars tenetur?* Esta solidaridad es indispensable para que se conserve la unidad que tan á pechos tenía el Divino Fundador de la Iglesia; y el Obispo que no gobierne la porción de la grey á él cometida conforme á los principios de la caridad y de la obediencia, caerá como la rama separada del tronco, se secará como el arroyo, cuya corriente se corta del manantial.<sup>1</sup>

<sup>1</sup> San Cyprianus, passim.

Para consolidar esta unidad, observa San León,<sup>1</sup> á pesar de haber sido igual la elección de los Apóstoles, confirió Jesucristo á uno de ellos el primado de honor y de jurisdicción. Á ejemplo de ésta, añade, nació cierta distinción entre los Obispos, y con sabia providencia se dispuso que no todos se arrogaran igualmente toda potestad, sino que antes bien hubiera en cada provincia uno que entre sus hermanos obtuviera el primer lugar, y que en las ciudades de mayor preeminencia hubiera Prelados de mayor categoría, por cuyo medio el gobierno de la Iglesia universal se reconcentrara en la silla de Pedro, *per quos ad beatam Petri sedem universalis Ecclesiae cura conflueret.*

La Divina Providencia, que ordenó con tiempo la formación del vastísimo Imperio Romano, para mejor facilitar la constitución de la Iglesia cuyo centro había de ser Roma, dispuso también el gobierno de aquella inmensa potencia, de modo que sirviera para organizar las Iglesias particulares, de tal suerte que estuvieran en perfecta dependencia de la Silla de Pedro. Conforme á las leyes y costumbres romanas, había ciertas ciudades principales, llamadas *madres ó matrices* de las demás que constituían la provincia, en las cuales residía un magistrado superior, y á las cuales (según la expresión del Concilio Antioqueno) concurrían de todas partes cuantos tenían negocios comerciales, administrativos ó políticos: *propter quod ad metropolim omnes undique qui negotia videntur habere concurrunt.*

Del mismo modo, pues, que al establecerse Pedro, por orden divina, en la Ciudad de Roma, encontró en ella ya reunidos todos los elementos necesarios para costituirla

<sup>1</sup> Ep. 88.